

**L**a escuela es un lugar donde se aprenden y olvidan cosas, donde se aprueban y suspenden exámenes, donde se difunden saberes y donde se adquieren destrezas, hábitos y normas. Pero es también un lugar donde suceden cosas divertidas y donde uno se aburre, donde las personas hablan entre sí y escriben para otras personas, donde habitan las ilusiones y el desencanto, donde se vive el dolor del fracaso y el placer del éxito, donde las personas se sientan, escuchan, esperan, juegan, alzan la mano, hacen cola y afila los lápices. Es ese escenario de la vida cotidiana en el que se hacen amigos y enemigos, donde se bosteza y donde unos y otras se divierten, donde no sólo se enseñan los **conocimientos legítimos** sino que a la vez se aprende el **comportamiento esperado**, donde se estudia y donde se escriben mensajes a punta de navaja sobre los pupitres. Ese lugar, en fin, donde los niños y las niñas permanecen durante gran parte de su infancia y adolescencia y al que asisten de lunes a viernes, les guste o no.

Cuando se habla o se escribe sobre el currículo escolar se alude habitualmente a lo que las administraciones educativas y los enseñantes planifican por anticipado con el fin de que los alumnos y las alumnas aprendan algunas cosas. Sin embargo, un currículo elaborado tan sólo desde las intenciones de los enseñantes, haciendo caso omiso de lo que ocurre en la vida de las aulas (y fuera de los muros escolares), tiene quizás poco sentido. El currículo no es sólo una retahíla de finalidades y de contenidos debidamente seleccionados: es también hablar, escribir, leer libros, cooperar, enfadarse unos con otros, aprender qué decir, qué hacer y cómo interpretar lo que los demás dicen y hacen. Es ese cúmulo de cosas que suceden en la vida de las aulas a todas horas y que quizás por demasiado obvias permanecen con frecuencia demasiado ocultas. Es el habla, es la escritura y son las formas de cooperación mediante las cuales quienes enseñan y quienes aprenden intercambian sus significados y se ponen de acuerdo en la construcción de nuevos aprendizajes. El currículo es entonces, ante todo, una forma de comunicación.

De ahí la importancia de indagar qué piensa el alumno, de conocer qué horizonte de expectativas y de conocimientos trae consigo a la escuela y de saber qué cosas hace para aprender (salvo que creemos que aprender consista tan sólo en sentarse, a ser posible en silencio, esperando a "ser enseñado"). Porque los alumnos y las alumnas también tienen objetivos (no sólo los enseñantes), también saben cosas y también tienen algo que decir.